

Esto no es un discurso de odio

Rocío Burgois

¿Qué sería de sujeto sin el odio? ¿Qué sería del amor sin el odio? El odio es dios, está ahí , ahora, omnisciente, uniendo oriente y occidente. ¡Oh dios! es casi decir ¡Odio! A los dos, al odio y a dios, se los convoca en ritos sagrados y en la lengua hispana solo un tornillo semántico no les permite ser la misma palabra. El odio, como dios, conecta deseos colectivos rizomáticos, es un impulso maquínico capaz de agenciar a millones de personas en menos de un instante. (Gonzalez, 34)

Hablar de discurso de odio es como hablar de crimen pasional, una terminología emocional usada para describir acciones de índole violenta y opresiva. Hoy ya no hablamos de crimen pasional sino que hablamos de femicidio o travesticidio, ponemos en visibilidad una cuestión de violencia específicamente de género y a su vez, no justificamos un accionar nefasto detrás de las emociones, las pasiones.

Lo que llamamos discurso de odio son discursos anti-derechos de las mayorías y minorías oprimidas. Son discursos que incitan a la violencia sobre ciertos sectores que nunca le cayeron bien a quienes tienen el poder. Buscan humillar y marginalizar. Son estigmatizantes, se basan en el desconocimiento, el miedo, el prejuicio. Aún así, son discursos que construyen significaciones sociales dentro del imaginario social.

Pero yo me pregunto, ¿qué es lo que nos lleva a alejarnos del odio? ¿las atrocidades que vimos como humanidad cuando fue llevado al extremo? ¿la moral católica? ¿nos creemos mejores por creer que no odiamos? Me parece que nos estamos perdiendo de la potencia que da este sentimiento, que rechazamos muchas veces, pero está ahí, y fue capitalizado por la derecha.

Estamos atravesando una crisis multidimensional, catalizada por las políticas que están siendo llevadas a cabo en este momento, esperar que no florezca el odio me parece utópico, el tema es qué hacemos con él. Estamos en un momento de

puro pathos, estamos desequilibrados como sociedad y me parece que esconder abajo de la alfombra este molesto, desagradable e intenso sentimiento, no es la salida. Tenemos que construir nuestras propias significaciones del odio. Tenemos que ser intolerantes con el avasallamiento a nuestros derechos, intentar aniquilar el hambre, no podemos permitir la existencia de más desigualdades de las que ya teníamos.

Al empezar a escribir este artículo, entré en contradicción, porque una de mis referentes es Audre Lorde (pero bueno, yo no soy ella) y ella habla en contra del odio, como algo que poseen quienes la discriminan, pero plantea que no siente odio en reciprocidad, sino que siente rabia. Otro gran potenciador. Es más, para llevarlo a un ejemplo concreto, el actual gobierno de Milei tuvo una buena elección en gran parte gracias al “voto bronca”. Enceguecida mucha gente por esa bronca, no escuchó o no creyó dichos tales como el de destruir el Estado, y ahora, una gran mayoría de argentinos enfrentamos las consecuencias en nuestra vida material, incluso sus votantes. El discurso del presidente hacía parecer que no iba a ajustar a la “gente bien”, sino que se iba a caer la carga del ajuste sobre los otros, esos odiados, pero no los opresores, sino los un poco más oprimidos, los del escalón de abajo en el que cada quien se encuentra parado.

Pero bueno, volviendo a Audre Lorde ella plantea, como buena feminista decolonial, que no hay que construir con el lenguaje de los opresores, sino con esas formas que son propias de cada historia, en su caso, la de las mujeres negras en Estados Unidos; una forma relacionada al cuidado mútuo y la reciprocidad. Acá en Argentina podemos hablar de múltiples comunidades que tejen redes de solidaridad, un ejemplo claro son los comedores, que siguen funcionando a pesar de que el gobierno les niega y prefiere vender los alimentos en depósitos en vez de ayudar a quienes ayudan. Yo creo que esto también es necesario, pero una cosa no quita la otra.

Tenemos que cuidarnos entre nosotres, pero a su vez, en este momento, tenemos un enemigo en común, porque él nos eligió: Milei y su gobierno. El actual presidente se enemistó con gran parte de la población, está recortando derechos básicos de los cuales depende la vida de la gente, los números son más importantes que nosotros. Ante tal atropello, creo que debemos unirnos, cada quien desde donde se sienta convocado, pero no desprestigiar, patologizar y alterizar el

odio. ¿Quiénes somos para juzgar los sentimientos de otra persona? Yo lo que juzgo es el facismo, e intento actuar desde donde puedo en contra de él.

Bibliografía:

Gonzalez, C (2019) *El fetichismo de la marginalidad*. Sudestada, Buenos Aires.

Lorde, A.(1984) *La hermana, la extranjera*. Sube la marea. Madrid.